



Notas sobre *Santander y Mi Simón Bolívar*
de Fernando González Ochoa:
Una articulación entre Filosofía, Historia y
Literatura

Eder García Dussán

Universidad Nacional de Colombia
edergarciad@yahoo.com

Resumen: El artículo adelanta un esfuerzo interpretativo sobre dos trabajos del escritor antioqueño Fernando González que rehacen, desde el espacio literario pero con apoyo de algunas nociones de la filosofía occidental, dos de las figuras míticas de la historia de emancipación colombiana: *Simón Bolívar*, ‘el libertador de cinco naciones’ (1783-1830), y *Francisco de Paula Santander*, ‘el hombre de las leyes’ (1792-1840). Los avatares sobre los textos, permiten construir una comprensión sobre nuestra realidad sociocultural actual, en la medida en que las obras permiten reflejar las rutas genealógicas en que nuestra cultura se ha relacionado con la legalidad y, por tanto, con el registro simbólico. **Conceptos-Clave:** verdad histórica, esquema retórico, mito fundacional, metaficción, método emocional, ética ciudadana y perversión.

I

A los 15 años de edad, en 1910, Fernando González Ochoa [1] fue expulsado del colegio de los jesuitas por ser admirador de Nietzsche. Un año después escribe su primer libro intitolado *Pensamientos de un viejo*, el cual publicó por entregas hasta convertirlo en obra filosófica hacia 1916. Uno de los aforismos de ese estudio reza: “*El hombre que afirma dice una mentira, y el hombre que niega dice otra mentira. He aquí: la verdad reside en el que tiene los labios inmóviles*” [2]. Sin duda alguna esta tesis evoca la ontología (del lenguaje) de Platón, cuando el filósofo ateniense interpreta la realidad a partir de la premisa heracliteana “*panta rei*”: si todo está en constante movimiento, ningún objeto de la realidad posee cualidades constantes, por tanto, no existen parámetros durables para referir la realidad de lo nombrado ni mucho menos para alcanzar la verdad sobre tal, lo que equivale a decir que ningún conocimiento es permanente y que de la realidad no se puede decir nada sostenido. Si conocer es una correspondencia con lo que las cosas son, pero las cosas nunca son, sino que siempre están en proceso de llegar a ser, ¿cómo nominar la realidad y abstraer de tal proceso la verdad? Con seguridad, se necesitaría un nuevo lenguaje que mantuviera el principio de correspondencia acorde con esta realidad, es decir, se necesitaría un lenguaje no del ser, sino del devenir [3]. Es así como Platón, al final de su vida, parece renunciar al discurso como vía de transmisión del conocimiento (*La Carta VII*). La salida que propone no es, pues, la *dianoia* (discurso científico), sino la *nóesis* (intuición), acción privada e intransferible, o lo que es igual, un diálogo del alma consigo misma, con lo cual condena la filosofía al mutismo, tal como lo hace Wittgenstein con la est-ética al final de su *Tractatus* [4].

La verdad, entonces, se presenta contenida dentro de los efectos del lenguaje. Pero no hay que ir muy lejos para entender que el lenguaje no es más que un ‘aparato metafórico’, es decir, un artificio, una ficción [5]: la palabra hace **como si** fuera la cosa misma y, tras un ejercicio de familiarización colectiva, termina siendo la cosa nombrada, es decir, hace las veces de la cosa real -aún en su ausencia sensorial [6]- y prontamente el sujeto-enunciador olvida que la palabra no es más que una herramienta retórica (metafórica-metonímica) que se hace pasar por la cosa real, toma la actitud de confianza ante el lenguaje, haciendo pasar el signo por el objeto representado; por tanto, la verdad que sobre las cosas se pueden decir no son más que

metáforas en segundo grado que alejan cada vez más la realidad-en-sí de lo-real-para-mí:

“¿*Qué es entonces la verdad?* —se pregunta Nietzsche— *Una tropa en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realzadas, extrapoladas y adornadas poética y retóricamente y que, Después de un uso prolongado, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes; las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado lo que son; metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible...*” [7].

Así las cosas, no resulta difícil encontrar a Platón y Nietzsche en el pensamiento de González Ochoa, punto de encuentro que se puede sintetizar en el siguiente axioma: *la verdad es el poder del significante mantenida gracias al olvido de(l) ser en beneficio del sostén social*. Pero no de cualquier significante, sino del que sale de los labios del ser-lenguaje (ser-ficción). Si admitimos esta tesis, podemos agregar a vuelapluma: los significantes sólo interesan a alguien si producen sentido en la medida en que acompañan una comunidad en un aquí-ahora, es decir, en tanto dicen algo en el marco de unos acontecimientos históricos de conocimiento. Si se tiene el poder de enunciar, se construye la verdad y con ella, tradicionalización de los sucesos, historia, efecto humano imposible sin la trilogía: poder (de la palabra), el sujeto-enunciante, y el ejercicio meta-metáforico.

De aceptarse esta fórmula, toda verdad queda involucrada en la estructura del relato mítico en la medida en que el proceso de su fijación todo mito activa el poder enunciativo de un sujeto-agente que instaura y moviliza una verdad y, en ese hacer-haciendo discursivo, produce sentido(s) que regula(n) un tipo de pensamiento y acción sociales en una comunidad concreta, en un tiempo y espacio específicos. Es así como esta serie de conceptos (verdad-historia-mito), abre la posibilidad de comprender todo registro historiográfico como la suma de verdades (en el sentido aquí expuesto desde Nietzsche: *mentiras colectivas*) que se actualizan en juegos dialécticos a través de ritos, en este caso, ‘ritos’ de inscripción, memorización y reaprendizaje. Si no me equivoco, el discurrir mítico como sistema de producción normativa y veraz, inaugura y mantiene bajo su propio suceder, entonces, la potencia de la verdad y, posteriormente, la posibilidad de la historia y la historiografía.

Parece atestiguarlo así obras como *Santander* o *Mi Simón Bolívar*, de González Ochoa. Estas obras sorprenden y no tienen nada que ansiarle por ejemplo a *El general en su laberinto* de García Márquez. Si amasamos esta tríada de obras como objeto de estudio, nos enfrentamos a la presentación de dos mitos fundadores: Simón Bolívar, ‘el padre de la patria’ y Francisco de Paula Santander, ‘el hombre de las leyes’. Mitos fundadores, pues al desprenderse de España, los americanos inclinados a manifestar su inherente esencia de seres-históricos (más que naturales), suplen la orfandad histórica con nuevos arquetipos inaugurales, en este caso sobre la independencia americana. Es así como se busca en esos mitos el origen de una sociedad y su democracia, y con ellas, la noción de una verdad -histórica-; en suma, la consolidación de una idea de nación, con mayor precisión, de una imagen de nación. [8]

Si se piensa por un momento que existen publicaciones criollas que hablan sobre estos mitos que re-crean la verdad de sus actantes, no resulta difícil pensar la cuestión del carácter ficcional de las re-construcciones históricas que allí se adelantan como lugares opuestos al núcleo de la autoridad ideológica, amenazando de paso la pertenencia de la historia como labor científica. Vale decir, se enfrentan el historiador con el filósofo y/o el escritor. En adelante, trataré de profundizar más este punto en su justa medida hasta llegar a una especulación sobre nuestra vigente condición de ciudadanos colombianos y con ella a una apertura para re-pensarnos y así adelantar

un *desprendimiento de nosotros mismos*, tal como afirma Foucault en las primeras páginas de su tratado “*El Uso de los Placeres*” [9].

Sabemos que el historiador toma eventos y los ordena en una jerarquía significativa de manera que asegura un proceso de eventos totalizable y comprensible; pero en esta labor acude a estructuras literarias para organizar ese desarrollo; así por ejemplo la tragedia, la ironía, el romance o la sátira. Baste recordar la frase “*Coronel, salve usted la patria*” que reposa en los manuales de historia de educación básica y secundaria como enunciación lacónica de Bolívar a Rondón como mero artificio literario para explicar sucesos que fueron decisivos para lograr la emancipación en la Nueva Granada; incluso, debe reconocerse que muchas veces el historiador recurre a la literatura, como origen de información suplementaria para la reconstrucción de momentos históricos determinados. Por tanto, el trabajo del historiador es, a la vez, un trabajo imaginativo y narrativo que usa dimensiones documentales y también figuras retóricas del lenguaje para expresar hechos históricos. En este sentido, la dicotomía entre *historia* y *literatura* abre sustancialmente su postura y queda sometida a dos opciones: su identidad o su autonomía. Deliberación que se inscribe en los azares del mundo posmoderno y que hace parte de un sumario que se puede recobrar con facilidad. Al respecto Vattimo enuncia: “*La autoconciencia de la historiografía, para la cual la idea de historia es un esquema retórico, que por lo tanto no puede valer como el principio de realidad al cual se había confiado gran parte de la filosofía moderna después, y como alternativa a la fe empirista y positivista en los hechos verificados por la sensación o lo experimentado...*” [10]. Naturalmente, la inclinación es a pensar llanamente que la historia es un género literario más.

Los escritos que aquí asumo como ejes de observación, ejemplifican bien esta tesis y calcan, como de golpe, la idea foucaultiana de la apertura hacia Otras historias, con lo cual queda no sólo justificada la producción gonzalesiana y garciamarquiana, sino que abre la posibilidad de comprender, desde otro punto de vista, el acceso que obtienen las voces marginales aludidas por Foucault a la producción y circulación de la historia en los discursos de poder. Para comprender mejor esto, baste hacer mención a la idea, harto conocida y divulgada de la búsqueda de un *mito fundacional* que unificaría una historia por medio de la cual se pueda pensar la sociedad latinoamericana en general y de paso para precisar cómo a través del ejercicio mismo de la comunicación, la violencia (simbólica) se ha ejercido como eje cardinal para la constitución de nuestra propia naturaleza social como colombianos. Jesús Martín-Barbero, recordando la tesis de Daniel Paecaut, sostiene que lo que le falta al país, más que un mito como tal, es la construcción de un “*relato nacional esto es(...) un relato que deje colocar las violencias en la subhistoria de las catástrofes naturales, la de los cataclismos, o los puros revanchismos de facciones movidas por intereses irreconciliables, y empiece a tejer un relato de una memoria común, que como toda memoria social y cultural será conflictiva pero anudadora (...). Colombia necesita un relato que se haga cargo de la memoria común, aquella desde la que será posible construir un imaginario de futuro que movilice todas las energías de construcción de este país.*” [11].

Resulta interesante ver como Martín-Barbero precisa tal pensamiento al afirmar que el relato-nacional omitido remite a la historia de la “*violencia de la representación*”, violencia simbólica por excelencia, a partir del cual se construyó el estado de Colombia, un estado “*(...) en cuyos discursos fundacionales la exclusión de los indígenas, los negros y las mujeres fue radical (...) en la medida en que la diferencia era afirmada en su irreductible y negativa alteridad*” [12].

Es a través del ejercicio enunciativo, dentro de la matriz de la comunicación, como se ejerce preferentemente la violencia simbólica. Los ejemplos del autor son claros y

contendientes. Se refieren a los discursos de don José María Samper en su ‘Ensayo Sobre las Revoluciones Políticas’

(1861), como máximo representante del pensamiento político que conformó el ideario del partido liberal colombiano. Allí expresaba el dirigente “(...) *la política tiene su fisiología. Permítasenos la expresión, como la tiene la humanidad y sus fenómenos, pues ellos obedecen a un principio de lógica inflexible, lo mismo que los de naturaleza física (...) la democracia es el gobierno natural de estas sociedades nuestras en las que cada grupo social obedece a las leyes de su fisiología y su geografía*”. Mientras don Florentino González, candidato liberal a la presidencia en 1848 escribía “(...) *lo que tenemos es una democracia ilustrada, en la que la inteligencia y la propiedad dirigen los destinos del pueblo*”. El comentario de Martín-Barbero frente a estos ejemplos es categórico: “En otras palabras, la colombiana se representa así misma como una sociedad en la que la exclusión del pueblo, o sea de las mayorías, se legitima en su carencia de inteligencia tanto como de propiedad. Pensar nuestra cultura política implica arrancar de ahí, de esa violencia originaria en la que se funda la representación del país que cabía en sus primeras figuras de nación independiente” [13].

II

Este tipo de ‘tentativas’ escriturarias son trabajos que van a los orígenes del discurso histórico y cuestionan su legitimidad, con lo cual pone entre paréntesis los lazos entre el poder del escritor-historiador y su conocimiento, originando con esta acción una denuncia a la naturaleza arbitraria del acceso al poder y lo que éste hace cuando de enfilear los discursos se refiere.

En el caso de la obra *Santander*, de González Ochoa, se manifiesta como la zona discursiva de valoración de nuestro tejido psico-cultural de emancipación y pliega un trabajo subversivo que re-crea la verdad sobre una figura inaugural a partir de una investigación fiel basada en registros históricos. En definitiva, la labor se reduce a aquel esfuerzo de re-pisar la historia fundacional y desenmascarar la estructura de poder subyacente a su escritura a través de acumulaciones de sucesos reales que **no se desean guardar más como secretos históricos**. Así, por ejemplo, cuando de la obra *Santander* se lee de aquel militar y político colombiano:

“La nacionalidad se halla dispersa e inconsciente: entonces principia a concretarse alrededor del héroe nacional, como su núcleo. Pero entiéndase bien que la figura de éste no aparece de una vez, perfecta ya, sino que es fenómeno vivo y como tal va creciendo y perfeccionándose en la medida en que las necesidades de la nacionalidad, en formación, también lo exigen.

Así el héroe nacional no es propiamente una figura histórica, sino que tiene de leyenda o de invención lógica de la nacionalidad a la que sirve de núcleo: trátase siempre de un personaje que fue histórico y cuya historicidad fue laborando la psiquis nacional, quitando aquí, agregando allí, puliendo, falsificando documentos(...) En tal sentido diremos que el héroe nacional es padre y es hijo a un mismo tiempo de la nacionalidad(...) Como Santander es un falso héroe nacional, el propósito de este libro es destaparlo. Colombia, guiada por él y por sus hijos, que hoy nos gobiernan, va por torcido y oscuro camino que conduce a la enajenación de almas y tierra (...)” [14]

Esta narrativa abre una meditación corrosiva sobre el mito originario de los protagonistas de la nación emancipada y su contexto socio-histórico; en otras palabras, desmitifica de tajo la “verdad” mantenida en el mito de “el hombre de las leyes” justamente al mostrar que la ley se pro-pone, pero para hacer uso personal de ella, es decir, para violarla y crear una personal. Así, pues, la receta de las enseñanzas la instrucción escolar recibidas queda reducido a meras invenciones - y no obstante mostradas con un nuevo aparato ficcional-.

La prueba de ello sigue declarándose cuando encontramos aún más adelante afirmaciones como: “*En ella (el alma de Santander) fue en donde nació esto que hoy padece la humanidad y que se llama República de Colombia. Al oír aquellos gritos y noticias, nuestro joven comprendió instantáneamente eso de las tercerías. Cayó en éxtasis y vislumbró un mundo nuevo: con terceros se encubre todo. Vio allí presentes en su celda de San Bartolomé, a Vicente Azuero, Francisco Soto, Vargas Tejada, Florentino González (...) Vio libertada a toda Sudamérica y vio su camino de traiciones: a Sucre asesinado y a Bolívar muerto. Y se vio a sí mismo CUBIERTO DE VIRTUD, gobernando su pedazo, la Nueva Granada. ¡Las leyes! Esta es el arma para su obra; el océano de recursos, el escudo del débil, la fortaleza del gusano, la túnica dorada del asesino. No La Ley, sino las leyes. En su éxtasis vio y vivió la verdad de que había sido preparado a sus ascendientes y por su pueblo, gestado por su madre y educado por Santa fe para ser el hombre del enredo, de los subterfugios, EL HOMBRE DE LAS LEYES (...) Vio su destino y el de la Nueva Granada: logias, círculos, elecciones, urnas; traicionar y hablar de amor a la patria; venderse y hablar de sacrificio.*

(...) sabe ya quién es, qué desea y cómo se consigue. Será el **héroe nacional** de Colombia. Está armado caballero. Coge su arma y sale a su obra...” [15].

Santander, es pues “*el tapado*”, el que tiene preparada siempre la emboscada. Así por ejemplo, Santander habría declarado: “(...) el 28 de septiembre de 1828, quisieron matar mis amigos al libertador, pero contra mi voluntad”, o también “(...) a Mariano París le asesinaron, pero yo no fui: yo más bien sentí como si me dieran una puñalada en el corazón. ¡he amado tanto a esa familia de parises!”. Luego afirma González: “*Santander es producto perfecto de su ambiente prenatal, infantil, colegial y de guerra civil. Es la perfecta encarnación de la hipocresía*” [16]. Muestras de negación que aparecen en la correspondencia santanderiana como sucesos comprometedores.

Tenemos, así, que el político y militar colombiano juega a dos caras:

(i) lucha por la emancipación a través de las legislaciones,

(ii) uso de la ley para su propio beneficio (‘borra con los pies lo que construye con las manos’). En otras palabras, sigue el precepto, bastante interiorizado en nuestra rareza sociocultural de que **la ley es para violarla**, para hacer de ella algo privado, sin importar su dinámica pública; acción cubierta gracias a la existencia de eufemismos, vicios tradicionales, particularismos, fulanismos, clientelismos, bajo la forma de la “cultura del favor-cito”, entre otros que tanto nos son familiares.

Para el caso de Bolívar, la cosa es diferente. ¿Cómo platicar perversamente del máximo conductor de la revolución que culminó con la emancipación del yugo español? Más bien los maléficos son (somos) los beneficiarios de esa libertad [17]. La obra *Mi Simón Bolívar* de González Ochoa, manifiesta tal deferencia. Allí Bolívar es “(...) *en verdad* de concepciones grandiosas y de corazón hirviente”, con “(...) la conciencia del gran destino de su continente” [18]. Tal obra sirve para mostrar un hombre excepcional, corrigiendo, de paso, el imaginario que sobre él ha pesado:

“(…) *Ha llegado el momento de bajar al Libertador del caballo gomoso de las esculturas encargadas por los caudillos tropicales y de montarlo en su mula orejona, porque en caballo no se pueden atravesar y recorrer los Andes (...) Es preciso acabar ya con el Bolívar del terrible juramento redactado por el Doctor Manuel Uribe Ángel; con el Bolívar de los que escriben por encargo de los presidentillos de las pequeñas repúblicas en que se dividieron su gran obra*” [19].

Se registra a Bolívar como un escritor incansable de la libertad para Latinoamérica, como el escritor del Manifiesto de Cartagena, de la Carta de Jamaica, del Discurso de Angostura y de la Constitución Bolivariana. En suma, se revela como “(…) *un gran organizador para la libertad y la gloria de América*” [20]. No obstante, si se comprara esta imagen con la de *El general en su laberinto*, el libertador toma un matiz sugestivo. Para comenzar, en su cuestionamiento de la historia oficial, García Márquez afirma que cuanto más crecía la fama de Bolívar, tanto más “*los pintores iban idealizándolo, lavándole la sangre, mitificándolo, hasta que lo implantaron en la memoria oficial con el perfil romano de sus estatuas*” [21]. Para entender el ‘experimento’ de García Márquez en esa obra, baste recordar *Gratitudes*, la parte final de su obra, donde comenta que ha pasado “(…) *dos largos años sumido en las arenas movedizas de una documentación torrencial, contradictoria y muchas veces incierta, desde los 34 tomos de Daniel Florencio O’Leary hasta los recortes de periódicos menos pensados*” [22]; a pesar de esto, a la hora de ficcionalizar el personaje histórico en su obra, “*...los fundamentos históricos (le) preocupan poco*”; quizá por esto toma resistencia a aceptar ciertas asistencias históricas que iban en contra del esfuerzo del escritor y que originan escenas como la de Bolívar comiendo mangos, aunque “*faltaban varios años para que el mango llegara a las Américas*” [23].

García Márquez transparenta un Bolívar caribeño, negroide, decrepito, próximo a la muerte huyendo de la parte andina del país, quizá huyendo de esa ciudad letrada impuesta por Caro y Cuervo; un Bolívar que tose, que vomita sangre, que sufre de flatulencias, a tal punto que él mismo dice “Ya no soy yo” y sus enemigos le gritan “¡Longaniizo!”. Pero también no desconoce esa parte de El Libertador, que encarna la hipótesis del poder a través de la escritura; por eso lo más importante de esta caracterización de Bolívar es el de ser un frenético escritor de cartas (como la Carta de Jamaica) y de constituciones (como la de Bolivia). En esas más de doscientas páginas que componen la obra garcíamarquiana, ‘el Padre de la patria’ es el **héroe de la unidad**, de la integración, de la libertad, y su gran proyecto es el de una nación enorme, próspera y poderosa, idea que a Santander “le quedaba grande” [24]. No obstante, la novela -histórica- paulatinamente socava ese ideal bolivariano y muestra más bien una función artificiosa de sus escrituras, plasmada en sus agendas y documentos políticos; disolviendo así la empatía entre el héroe poderoso y la continuidad de su legado textual, y se termina dibujando al Libertador dentro del retrato de *Otra autoridad*. La disolución de la Gran Colombia, coincide con la decadencia física y moral del Libertador. Lo que parece llamativo de esta obra es que se relata cómo Simón Bolívar no accede al poder o a los embelecos para retenerlo y manejarlo con artimañas a través de un uso privado y azaroso, sino la abdicación y partida de aquel que (en y por principio) forjó el nuevo orden. Aquí el héroe tiende a delineársenos también como un *héroe disfrazado*; quizá se pueda afirmar más tajantemente que *no es* quien se considera típicamente que *es* (o ha sido desde la historiografía), al igual que pasa con Santander en la obra *Santander*. Más exactamente, afirmo que lo que aparece en esta obra sobre general es la desmitificación del imaginario colectivo del relato de Bolívar y al realizarse, queda expuesta una realidad más “moderada”, develando de paso lo desconcertante de los cimientos de nuestra república. Con Bolívar, la emancipación no se logra con la ley y su hazaña es más bien ensalzada con un intento de asesinato en septiembre de 1828, donde se inculpa a Santander. Posteriormente, rodeado de muy pocos amigos, muere autoexiliado en ‘un laberinto’ (de la soledad). Con Santander, queda la noción del

desconocimiento de La Ley, con lo cual se sospecha que es de antaño la inclinación de que cada grupo quiera inscribir los nuevos mandatos, dependiendo de sus propios intereses.

Y, de igual manera que G-Márquez, G-Ochoa usa registros historiográficos, pero actualizándolos desde un método, ya no **metaficcional** que desdeña la frialdad broncínea de los datos históricos (G-Márquez), sino **filosófico**, llamado “**Método emocional**”. Bajo la voz homodiegética de Lucas Ochoa, se lee de Bolívar: “(...) *no quiero ser un admirador, ni un espejo. Deseo que sea mi hijo, mi Simón; que sea él y que sea yo. Mi Simón Bolívar. ¿Qué me importa a mí, teologucho, la frialdad de un cadáver?, y eso crean los historiadores. Deseo que sea tibio como el pajarillo emplumado en su nido*” [25], “*El fin natural del hombre es poseerse, tener capacidad de impertinencia, asimilar. ¿Qué puede importarme el Bolívar objetivo? / Principio: Bolívar debe ser mi Bolívar, así como el mamón es de la mujer parida; tibio como el polluelo amarillo*” [26].

La historia sólo es una herramienta para el filósofo, no su fin y su discurso, porque el Bolívar de los historiadores “*está informe aún*” [27], porque es “*literatura de palabras amplias, huecas, un andamio tan alto que no se percibe a los actores*” [28]. El Bolívar construido, por ‘los grandes autores’, se ‘materializa’, se ‘retrata’ cuando, se comprende esta figura histórica desde la perspectiva del **panerotismo**, y desde la función de la asimilación cósmica (“*mi finalidad es apoderarme de sus significación cósmica*”), base de toda la epistemología de G-Ochoa: “*¡Mi espíritu está loco! Ayer (...) me di cuenta que venía conversando con Bolívar. Está dentro de mi alma, metido en mis deseos, pasiones e ideas y hay una lucha terrible. ¿Será la brega poderosa de mi subconsciencia para asimilármelo? ¿Triunfarás tú, hombre inquieto, hombre de a caballo, dominante? ¡Cuán hermosa su vida, cuán unificada!*” [29]. “*Las tierras que influenció; sus hombres, su época; todo es Bolívar. Todos nos relacionamos con el primer movimiento; cada ser está empapado del universo; cada hecho es el universo. ¡Que soberbia unidad! Mi Don Simón se ha convertido en dos mil volúmenes, se va dilatando en el espacio y en el tiempo.*” [30]. Así las cosas, **conocer es reconocer la unidad (Eros)**, y su técnica es “*revivir la historia por el método de la autosugestión*”, pues el hombre es, más que naturaleza, historia.

En la primera parte de ‘Mi Simón Bolívar’, se lee: “*Autosugestión: El fin de la naturaleza es crear el hombre poseído (...) cuando uno se posee es un hijo de Dios. Recuerdas a esos seres que raras veces se ven y que te conmovieron, alegraron e hicieron pensar en que la vida era interesante? Pues daban esa impresión y sugerían esos sentimientos porque se poseían*” [31]. Ese es el héroe universal: “*Bolívar, conciencia continental. Bonaparte... Como en Napoleón en los héroes antiguos veo conciencia de dominio. Así echaré a Don Simón delante de mí, por calles, plazas y montes, y yo iré detrás, animándolo y comparándome con él. Será mi hijo*” [32]. Y por esto G-Ochoa insiste que la clave del cultivo humano es el dominio: “*Hay que aprender a dominarse, a ser uno mismo, a sacar el mejor partido de su propio modo*” [33]. El discurso griego ya nos muestra que la constitución de un sujeto ético se construye por el dominio de sí mismo (*enkrateia*), es decir, por el control de las propias pasiones, por un arte de vivir. En suma: auto-control y racionalidad (moral) que se presenta a partir de las empresas platónica y aristotélica.

La figura de Bolívar, pasa a ser, así, una metaforización de la **vida erotizada**, fin de la filosofía de G-Ochoa: “*A mí no me importa Simón Bolívar sino como un estímulo para sentirme más vivo, para absorber más energía, porque yo soy también una gota de conciencia*” [34]. La filosofía de G-Ochoa es una variante del panteísmo de Spinoza; un racionalismo idealizado (el conocimiento no es una recepción pasiva de los estímulos), pero su Dios no es la Naturaleza (sustancia infinita), es la imagen de Afrodita, fuerza mesmérica.

En 'Viaje a pie', se lee: *"El amor es para nosotros lo que está detrás de las formas, la médula de lo fenoménico o, para decirlo en forma bárbara, el nómeno (...) Somos en un 99% amantes, y el resto filósofos, pero filósofos del amor".* Y más adelante: *"La energía, ella, afrodita, es lo que palpita en las superficies y se manifiesta. Y el amor tiende siempre porque nunca se realiza completamente en los fenómenos (...) la esencia tiende siempre; la esencia es un Verbo (...) ¿y qué es lo que nos produce las emociones de belleza y alegría, y qué es lo que produce el deseo? Precisamente esa tendencia de la energía a actualizarse"* [35].

Así las cosas, los héroes universales (semidioses) son una encarnación de esa tendencia a actualizarse "El amor". La teoría literaria afirma que un héroe se caracteriza por: i) una forma de vida dinámica ('ethos' de constante actualización); ii) una experiencia que forma una visión de mundo digna de seguir (figura de identificación), lo cual no indica necesariamente su mimesis; y, iii) la vida del héroe, su conformación ante el mundo, su triunfo o su fracaso re-crea valores.

III

Así las cosas, estas obras, bien sea desde un enfoque metódico u otro, nos dejan ver que aquellos 'mitos' a los cuales me he referido y explorado bajo el manto de este tipo de escritos, se recuperan a la luz del manejo particular de la ley, organizada en la praxis concreta de un sujeto y emparejado con la exclusión y muerte del otro - ideológico-. Y bien sabemos que desde 1826, las discrepancias políticas entre Santander y Bolívar se hicieron evidentes, pues Santander defendía una política liberal y quería mantener la Constitución de 1821, mientras que Bolívar promovía la implantación de una Constitución más conservadora y centralista. Ahora, desde la "nueva historia", intento plantear una hipótesis de sentido a propósito de lo expuesto: tanto un 'mito' explorado (Santander) como el otro (Bolívar) revelan que con la construcción personal de una estratagema recreada en su intimidad, se comenzó a construir un camino de corrupción y auto-generación por todos padecido. La Ley, la dimensión simbólica que implica la intervención de un tercero y que no tiene otra función que regular la tendencia de separación en la cultura, queda fracturada y abre a la diferencia, aquella que justamente es intolerable porque expone a la no aceptación del Orden, ya sea por no tener lo que el otro tiene o porque el semejante tiene lo que el yo posee ahora. Con esto, la verdad otrora sostenida no sólo se hace peligrosamente una mentira consciente, sino que se torna válida frente al régimen memorial colectivo.

Deduzco que desde este espacio de intimidades se ha movido históricamente el colombiano, y un tipo de escritura nos estaría atizando la base de una reflexión sobre nuestra historia y sus efectos, pues es sabido que nadie puede avanzar a partir del olvido. Probablemente en estos sucesos originarios de la vida nacional resida la causa (eficiente) de nuestra actualidad. Aquí no hago más que mantener presente la tercera tesis sobre la historia de Walter Benjamín que guía el *après-coup* que he avanzado y que reza:

"El cronista que narra los acontecimientos sin distinguir entre los grandes y los pequeños, da cuenta de una verdad: que nada de lo que una vez haya acontecido ha de darse por perdido para la historia. Por cierto, que sólo a la humanidad redimida le cabe por completo en suerte su pasado. Lo cual quiere decir: sólo para la humanidad redimida se ha hecho su pasado citable en cada uno de sus momentos..." [36].

Los orígenes así desmitificados, abren un espacio para pensar la causa de la manera como nos relacionamos ahora, cuya génesis estaría en la misma forma como se inaugura nuestra nación. Esa forma de interactuar frente al otro es perversa, o mejor expuesto: *Père-versa*. Vale decir, creamos una nueva versión de la ley (= del padre -lo simbólico-) El padre no es un objeto real, es una metáfora, es decir, aquello que desliza siempre hacia nuevos semblantes, y que Lacan llama *Nombre del padre*: “*Es en el nombre del padre en donde tenemos que reconocer el sostén de la función simbólica que desde el albor de los tiempos históricos, identifica su persona con la figura de la ley*” [37]. Es así como el padre es toda aquel objeto o situación que invita al niño a conocer la ley a partir de la ley inaugural de la cultura: la ley de prohibición del incesto (Lévi-Satruss), y es la instancia de esta ley la que le permite al sujeto establecer un orden con el Otro. “*Esta ley (prohibición del incesto) es la que sobrepone el reino de la cultura al reino de la naturaleza entregado a la ley del emparejamiento. La prohibición del incesto no es sino su pivote subjetivo, despojado por la tendencia moderna hasta reducir a la madre y a la hermana los objetos producidos a la elección del sujeto, aunque por lo demás no toda licencia quede abierta de ahí en adelante*” [38]. De los avatares de este reconocimiento, surgirá el futuro sujeto cultural cautivo de una identidad psicosexual.

Este sujeto cultural, efecto del Orden y presencia actual de la causa, habla al Otro, eslabona una secuencia discursiva, se aboca a la creación significativa; él/ella en adelante estará oscilando con la red significativa, sublimando. Él /ella, que con su uso amañado de la ley, la convierten en ley propia, por ejemplo, bajo las modalidades de la ley del más fuerte o la ley del silencio. Con esto, la ley con la cual ingresaron a la cultura comienza a ser fracturada, y no pueden ya ser interventoras en los pactos, no hay credibilidad en ellas ni en quienes las profieren, son simplemente violadas y pierden, por tanto, su función reguladora.

Ahora bien, de aceptar esta teoría, podemos dar un paso más adelante y aventurar que transgrediendo la ley o usándola de forma personal es como tradicionalmente hemos establecido sociedad con el Otro. Comportamiento que ya tiene su génesis en la instauración misma de nuestra República (*retorno de lo reprimido*, llama a este fenómeno Freud). Una sociedad, pues, que ha revelado desde su emancipación la tendencia conductual a buscar en el Otro no al socio, sino a un sujeto por dominar, subyugar, timar, enredar, en pocas palabras: que se cumpla el precepto social de que *el vivo viva del bobo y luego se haga el bobo (o el loco)*, que siga aquella pauta del catecismo popular de versión: «*el que no está conmigo, está contra mí*», base de toda la violencia humana, o que en cualquier relación alguien actúe como garante de un quiebre de comunicación, eso sí, mientras aquel, a su vez, “no de papaya” [39] o no deje un espacio para que alguien se aproveche del ingenuo. Somos unos “*avivatos, sin leyes*” [40].

Expertos en elaborar **montajes del espectáculo social privado**. Recorrido cíclico de nuestra conducta que no hace más que repetir (sin saberlo) la historia, justamente porque la reprime, la olvida. De todos modos, retornar al punto de inicio, tal como lo hace el obsesivo a la espera de la muerte de su amo con la esperanza de ver más tarde claramente qué significa su deseo, es la forma de perpetuar un conjunto de comportamientos que actúa en favor de una violencia particular y una situación socio-política por todos distinguida: “... *los militares siguen empeñados en hacer la guerra, o en dejar hacer, y, a lo sumo, realizar a su manera una reingeniería para la victoria. Los paramilitares amenazan con seguir asesinando campesinos e indígenas si les desmontan la impunidad en la que actúan. La iglesia se muestra algo apática; la izquierda no existe. La opinión pública está desconcertada, dividida y escéptica. La paz está sitiada...*” [41]. A esto añadamos, un presidente que sale de su ‘inocencia’ y abre el paso de una guerra di-simulada a una guerra declarada, al enunciar que “*el país se cansó de la hipocresía*”, en una alocución con la que dio por terminado el *proceso de paz* con las Farc [42] y que daría paso seguro a ya dos

administraciones de Uribe Vélez, quien para el mes de julio ya dejaba ver sus contradicciones al dejar ver su lado oscuro, el de la politiquería, el de los acuerdos y las transacciones [43], cayendo su imagen notoriamente, mientras intenta mantener su popularidad con lo que Ximena Duzán llama «La guerra de los montajes», como buen colombiano: “*Hace unos meses, el país se sorprendió con la noticia de que un funcionario del DAS fabricó atentados contra el propio presidente Uribe y fueron presentados como de las Farc. Lo mismo sucedió con las denuncias que se hicieron bajo la dirección del doctor Noguera en el DAS, algunas de las cuales sugerían que grupos paramilitares ayudaban a la guerra contra las Farc y les daban los positivos a los funcionarios públicos. Otro tanto ocurrió cuando se filtró la información falsa de que una columna de las Farc se iba a desmovilizar, aportando como dote un avión. Poco después se descubrió que la noticia era un montaje para crear un efecto en la opinión nacional de que las Farc, contrario a lo que decían, sí se querían desmovilizar. Hasta ahora, el presidente Uribe ha conseguido salir bien librado de sus errores y se las ha ingeniado para reportar como suyos únicamente los triunfos...*” [44]

¿Qué pasa con el orden simbólico en Colombia? ¿Por qué no ha podido establecerse de manera efectiva el Otro como interlocutor autorizado? ¿Qué hace tan difícil el dinamismo de la ley? Ya sabe(n) mi tentativa de respuesta. No obstante, de lo que estoy seguro es que el resultado de esta amalgama de hechos, de historia y que, no sin cierto riesgo, ajusto con lo que Jaramillo Vélez llama “(...) **la carencia de un ethos secular, de una ética ciudadana**” [45], es la escasez de conciencia con respecto a la esfera de lo público, es la aprehensión malsana del concepto de *Solidaridad*.

Certificar así la *per*-versión del colombiano permite desenmascarar otro aspecto de nuestra condición social. No en vano, *la invención del pasado*, término acuñado por Kart Kohut para referirse al tipo de escrituras que presenté a vuelapluma, no hacen más que difundir la animadversión y sacar a la luz el oprobio de tantos conflictos socio-políticos de nuestra nación siempre girando en torno al desajuste con el concepto de ley o sus efectos en nuestras conciencias. Todos, en tanto perpetuadores de la historia re-actualizada, aportamos un fragmento de la gran culpa colectiva.

El problema no es expulsar al Otro. Es reconocerlo. Quien no lo logra, vive en un país de solitarios: Macondo es Colombia. Lo que empezó hace cinco siglos, se ha venido repitiendo entre nosotros. Esa falta de reconocimiento causada por el ensimismamiento, por esa angustia de contacto, de miedo al otro, que en los últimos años les ha costado la vida a miles de miembros de la oposición y a muchos dirigentes populares, es la causa de nuestra violencia; cargada de intolerancia, y de esa convivencia frívola, sinuosa y autoritaria, que toca orígenes en las raíces cristianas. Obsérvese que este ambiente puede justificarse históricamente: Al comienzo se impuso la ley por la fuerza de la guerra y de las retóricas. Somos hijos al tiempo de las víctimas y de los verdugos. La sospecha de que la ley que impera sobre nuestras cabezas es tramposa, que no sanciona con la misma severidad a las distintas clases sociales, se llena de un escepticismo central sobre nuestro cuerpo social, porque nuestras leyes no nacieron de nosotros. Tal como afirma William Ospina, ha existido aquí una discordia entre lo real y lo simbólico. Para un español la identidad entre la palabra y la cosa es algo indudable. Para un colombiano, entre las palabras y las cosas no hay una correspondencia plena, sino una zona de vacío, una demora. Para muchos políticos es acallar al otro, porque no habla como su grupo o porque no piensa como él. Es que la lengua nació lejos y no llegó a dialogar con este mundo sino a sobre-imponerse, como se impone el sello sobre el papel oficial: **con un golpe y dejando una mancha** [46]. La escuela habla y no pasa nada... Lo simbólico acentúa su crisis.

BIBLIOGRAFIA

- ANDERSON, B. *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: F.C.E. 1990
- BENJAMIN, W. *Tesis de la filosofía de la historia*. En: "Discursos interrumpidos I". Madrid: Taurus, 1989
- BORGES, J. L. *Ficciones*, Bogotá: Oveja Negra: 1984
- DUEÑAS, G. "Familia, mestizaje y formación del estado" *Post-Data*. Boletín de la Academia Lacaniana de analistas de Bogotá. N° 3, 1998
- EL TIEMPO, Jueves 21 de Febrero de 2002, p. 1-3.
- FOUCAULT, M. *Historia de la sexualidad, II* México: F.C.E. 1980
- García Márquez, G. *El general en su laberinto*. Bogotá: oveja negra, 1990
- GONZÁLEZ OCHOA, F. *Pensamientos de un viejo*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana. 1999
- González Ochoa, F. *Santander*. Medellín: Universidad pontificia bolivariana. 1994
- González Ochoa, F. *Mi simón bolívar*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 1995
- González Ochoa, F. *Viaje a pie*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1993
- JARAMILLO VÉLEZ, R. *Colombia, la modernidad postergada*. Bogotá: Argumentos, 1998
- LACAN, J *Escritos I*. México: F C E. p. 97
- LECTURAS DOMINICALES - cien personajes del siglo XX en Colombia-, diario El Tiempo; 6 de junio de 1999.
- Martín-Barbero, J. Colombia: *entre la retórica política y el silencio de los guerreros*. Revista Número, edición 31, diciembre 2001-febrero de 2002
- MOLANO, A. Diario El Espectador, 14 de febrero, 1999 p. 2.
- NIETZSCHE, F. *Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral*. Madrid: Tecnos, 1990
- OSPINA, W. *El renacer de la conquista*. Encuentro de Revista Número en la 16° Feria Internacional del Libro de Bogotá, 26 de mayo de 2003. En Separata Revista Número, edición 37, junio-agosto de 2003.
- PAZ, O. *El arco y la lira*. Colombia: F. C. E. 1994

VATTIMO, G. *Tentaciones del realismo*. Ponencia ante el Simposio Internacional “La Posmodernidad a debate” Bogotá, Universidad Santo Tomás, 23-25 de Nov. 1998

WITTGENSTEIN, L. *Tractatus lógico-philosophicus*. Barcelona: Altaya S.A. 1994.

XIBILLÉ, J. “*Apocalypses now... ¡but here!*” En: UN periódico, Bogotá, D.C. N° 27, Octubre 21 de 2001

Notas:

- [1] Fernando González Ochoa nace el 24 de abril de 1895 en Envigado y vive 69 años. Su producción fue desarrollada entre 1929, cuando publica *Viaje a pie* y 1941 cuando aparece *El Maestro de Escuela*, lapso que aprovecha para publicar la mayoría de sus obras. Desde la década de 1940 su vida entra en una etapa de receso como escritor y vive una mayor introspección, gracias a lo cual en sus últimos años impresiona con nuevas obras, por lo cual no es gratuito que hubiera sido considerado como potencial candidato al premio Nóbel de Literatura. Tras el requerimiento de la Real Academia sueca a la Academia Colombiana de la Lengua presidida por el padre Félix Restrepo para que avale a González como candidato, el jesuita declara que González no tiene méritos suficientes para aspirar al premio, y propone a su colega Menéndez Pidal. No le queda a González “más remedio que dormir en el silencio en un país donde -según sus palabras- se vive bajo el *complejo de hijueputa*” Cfr. Arbeláez, J. “A la enemiga” En: *Lecturas dominicales* - cien personajes del siglo XX en Colombia- , diario El Tiempo; 6 de junio de 1999 p. 12
- [2] González Ochoa, F. *Pensamientos de un viejo*. Universidad Pontificia Bolivariana. 1999. p. 91.
- [3] Un ejemplo de la versión de un lenguaje que hace corresponder su dinamismo con el de la realidad como eterno devenir la encuentro en el cuento borgiano “*Funes, el memorioso*” (Cfr. Borges, J. L. *Ficciones*, Bogotá: Oveja Negra: 1984 p. 109 y ss.).
- [4] “Está claro que la ética no resulta expresable. La ética es trascendental (ética y estética son una y la misma cosa)” Wittgenstein, L. *Tractatus lógico-philosophicus* prop. 6.421.
- [5] Ya el mismo Nietzsche lo expresa claramente en su planfleto “Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral”. Madrid: Tecnos, 1990 & Paz, O. “El lenguaje” En : *El arco y la lira*. Colombia: F. C. E. 1994 p. 29 y ss.
- [6] Al respecto González escribe “*La palabra es la muerte de las cosas (del alma)*” González Ochoa, F. *Pensamientos de un viejo*. Ed. Cit. *ibid*, p. 91
- [7] Nietzsche, F. Ob. Cit. p. 25.
- [8] Cfr. Anderson, B. “Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo”. México: F.C.E. 1990.

- [9] Cfr. Foucault, M. "Historia de la sexualidad II" México: F.C.E. 1980
- [10] Vattimo, G. "Tentaciones del realismo" Ponencia ante el Simposio Internacional "La Posmodernidad a debate" Bogotá, Universidad Santo Tomás, 23-25 de Nov. 1998 (mimeografiado p. 4).
- [11] Martín-Barbero, J. "Colombia: entre la retórica política y el silencio de los guerreros" En: Revista Número, edición 31, diciembre 2001-febrero de 2002 p. 29.
- [12] Cfr. Ibid.
- [13] Ibid. p. 30
- [14] González Ochoa, F. *Santander*. Universidad Pontificia Bolivariana. 1994 p. 17.
- [15] Ibid, p. 65-66.
- [16] Ibid, p. 116.
- [17] El mismo González Ochoa predica sobre el sino de Bolívar: "*¡Pobre Simón Bolívar, que libertó cinco repúblicas, y que apenas se fueron los españoles vio que no había quedado sino un hombre: él, solitario, en un desierto de alimañas*". *Viaje a Pie*. Ed. Universidad de Antioquia p. 33.
- [18] González Ochoa, F. *Mi Simón Bolívar* Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana 1995 p. 132
- [19] Ibid p. 132-133
- [20] Ibid. p. 130.
- [21] Ibid. p. 186
- [22] García Márquez, G. *El general en su laberinto*. Bogotá: Oveja Negra, 1989 p. 264
- [23] ibid p. 265
- [24] Ibid. p. 125
- [25] González Ochoa, F. *Mi Simón Bolívar*. Ed. Cit. p. 230
- [26] Ibid, p. 250
- [27] Ibid, p. 233
- [28] Ibid, p. 243
- [29] Ibid, p. 234
- [30] Ibid, p. 237

- [31] Ibid, p. 50-51
- [32] Ibid, p. 238
- [33] González Ochoa, F. *Viaje a Pie*, Ed. Cit. p. 81
- [34] González Ochoa, F. *Mi Simón Bolívar*. Ed. Cit. p. 247
- [35] González Ochoa, F. *Viaje a Pie*, Ed. Cit. p. 90
- [36] Benjamin, W. *Tesis de la filosofía de la historia*. En: "Discursos interrumpidos I". Madrid: Taurus, 1989 p. 178-179.
- [37] Lacan, J *Escritos I*. México: F C E. p. 97
- [38] Ibid p. 97
- [39] dar ~ a alguien.1. fr. coloq. *Col*. Darle oportunidad.
- [40] Cfr. Dueñas, G. "Familia, mestizaje y formación del estado" *Post-Data*. Boletín de la Academia Lacaniana de analistas de Bogotá. Nº 3, 1998 p. 17-25.
- [41] Molano, Alfredo. Diario El Espectador, 14 de febrero, 1999 p. 2.
- [42] Cfr. Diario El tiempo, Jueves 21 de Febrero de 2002, p. 1-3.
- [43] Montenegro, A. *La caída de los héroes*. El espectador, 17 de julio de 2006
- [44] Duzán, Mª, X. *La guerra de los montajes*. El Tiempo, 11 de septiembre de 2006.
- [45] Cfr. Jaramillo Vélez, R. "Colombia, la modernidad postergada" Bogotá: Argumentos, 1998 p. 35 y ss.
- [46] Ospina, W. "El renacer de la conquista" Encuentro de Revista Número en la 16º Feria Internacional del Libro de Bogotá, 26 de mayo de 2003. En Separata Revista Número, edición 37, junio-agosto de 2003.

© Eder García Dussán 2006

Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

